

# LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMEBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

**SUMARIO.** = *Proyecto de construcción de un teatro, por D. Francisco Flores Arenas.* = *El 23 Enero 1859, por D. Mariano Batanero.* = *Rugier de Lauriga, novela original por Doña Felicitas Asin de Carrillo. Segunda parte.* = *Geroglífico.*

## PROYECTO DE CONSTRUCCION DE UN TEATRO.

Vuelve á agitarse en este momento un asunto que ha tiempo bulle en las cabezas de los gaditanos, aunque nunca ha pasado mas allá de conversaciones particulares, ó cuando mas de proyectos no formulados de una manera oficial. Hablamos de la construcción de un teatro. La cosa merece que se hable de ella, por si esta vez llega á dar lumbre. Seamos, pues, nosotros unos de tantos, si bien principiamos por manifestar que no estamos en los secretos de las regiones oficiales, y que lo que vamos á decir es solo de oídas.

Cádiz posee en la actualidad dos teatros. De ellos el del Balon parece seguro, y nadie lo inquieta en la pacífica posesión de sus dramas, que son el alimento habitual del público que á él concurre, aunque á veces se haya subido á mayores sin renunciar por eso al carácter popular á que debe su existencia y sus ventajas. Este coliseo es incómodo, estrecho, nada bien situado y de formas bastantes malas; pero como no es el destinado en primer término á dar en su género una idea ventajosa de la cultura y gusto artístico de esta población, se repara poco en sus defectos, y tanto mas cuanto que algo ha de perdonársele en gracia de las circunstancias tan escepcionales como gloriosas en que se erigió. Bajo este punto de vista el Balon es un monumento histórico que recuerda el sitio y bombardeo de Cádiz en la guerra de la independencia, durante la cual la población gaditana, ansiosa de mostrar á los enemigos que la espugnaban lo poco en que tenían así las amenazas de su venganza como las bombas que sin interrupción caían sobre sus edificios, improvisó cafés en las plazas y un

teatro en aquel campo donde solazarse, y eso en medio de las tiendas de campaña donde era forzoso se recogieran las muchas personas á quienes faltaba un asilo. Que así y todo pudo entonces hacerse allí un teatro de mejores condiciones es cosa indisputable; pero no armemos por tan poca cosa un caramillo á los héroes de la independencia, á los buenos y sinceros patriotas de 1812. Al Balon pueden aplicarse aquellas palabras del barbero Retas con hablando de su navaja cuando decia: "Está ya mohosa, pero ha tenido el honor de afeitarse al lord Wellington."

El Principal no puede blasonar de tan ilustre cuna. Ni le han ennoblecido las guerras ni ha tenido que ver nunca con las vicisitudes de la patria. Su historia no está ligada en manera alguna con la historia de España, y eso lo hace menos respetable que al otro, no obstante que sea harto mejor, como parece desde luego indicarlo su nombre. ¿Pero es todo lo que debiera ser, visto el desarrollo artístico que en todas partes han tomado los espectáculos públicos? ¿Tiene las condiciones indispensables hoy si ha de ser digno de la importancia y del renombre de Cádiz? Esa es la cuestión; cuestión que vemos muy difícil de sostener á favor suyo.

Salta en efecto á la vista que su forma es defectuosa y que su anchura es proporcionalmente pequeña, lo cual disminuye considerablemente el número de las localidades cercanas y priva á no pocos de las laterales de la vista del foro; á lo que ayudan poderosamente los macizos pilares que sostienen los palcos; sistema de construcción abandonado hoy por molesto, por poco diáfano y por de mala visualidad. Sus tránsitos son todos ahogados, estrechos y sin ventilación alguna, lo cual refluje en la de la sala de espectáculo. No se conocen aquí los salones de descanso, que dan tanta hermosura al edificio y ofrecen tanta comodidad á los concurrentes. Las salidas son muy pocas, y esas difíciles y embarazosas; el escenario es mequino, el vestuario en un chiquero; la fachada, aunque en lo posible corregida pocos años ha, necesita bien la inscripción que sobre sus feas puertas tiene para que no se confunda con alguna cochera de simones; su ingreso es primo hermano del de Tia Norica; se halla además situado en una ca-



lle estrecha que se obstruye con dos docenas de personas, y los carruages experimentan dificultades casi invencibles para revolverse en el único sitio donde les es permitido atracar. Su cabida es pequeña relativamente á sus dimensiones, lo cual consiste en lo mal aprovechado del terreno, porque las localidades que cuestan poco son insuficientísimas para la parte del público que á ellas acude. En suma, así en su aspecto exterior como en sus condiciones interiores el Principal está muy distante de ser lo que debiera y lo que en otras partes de menos importancia son los teatros, máxime tratándose de una poblacion diariamente frecuentada de forasteros y extranjeros, los que por el hecho de serlo, es la primera parte á donde acuden, y donde por tanto forman una buena ó mala idea de la ciudad que acaso no han visitado jamás antes de entonces.

Largo ha sido el capítulo de culpas, y aun no estamos seguros de haber omitido algunas. La pintura es fuerte, pero el retrato le tenemos por parecido, y eso que no hemos entrado en la apreciacion de otras circunstancias que hacen punto menos que imposible la adquisicion y mantenimiento de compañías que armonicen con las exigencias de la parte mas culta de la sociedad gaditana. Estas son tan conocidas, están de tal modo en la conciencia de todos, que bien podemos hacer gracia de ellas sin que hagan falta en la cuestion presente.

Conocido el mal no era difícil conocer tambien el remedio; pero el aplicarlo no es tan fácil ni con mucho.

Constrúyase un nuevo teatro, se dice; y en verdad que esta es la consecuencia lógica y naturalísima de aquellas premisas. ¿Pero por quién, cómo, dónde? Ahí está el quid, y en ese quid es donde surge el desacuerdo.

¿Será por una empresa particular? Eso no entendemos que ofreciera graves obstáculos, en su realizacion; mas tampoco obviaria las dificultades. La empresa no podia dejar de ver en su pensamiento una especulacion, en la que por lo menos asegurase el interés del capital invertido, siquiera fuese aquel el mas módico posible; pero así y todo el arrendatario tendria que sufrir una carga que distraeria sus utilidades hasta el punto quizá de no ser bastantes las que le restasen para sufragar los gastos de buenas compañías, y para hacer frente además al exorno de la escena, pago del alumbrado, reparaciones, garantías al propietario, limpieza, sueldos de empleados, y al largo catálogo en fin de atenciones comunes, sin mencionar aquí las extraordinarias, que por serlo no es posible se sujeten á exacta suma, pero que no por eso han de eliminarse del cálculo.

Consideraciones semejantes hicieron que en el decreto orgánico de los teatros del reino se prescribiese la subvencion, así para Madrid como para las capitales de provincia que el Gobierno designase, y si bien esta disposicion no se ha cumplido porque los fondos designados se aplicaron primero á otras atenciones y mas tarde se ordenó su supresion, en la esencia ha quedado vigente lo prescrito.

En nuestro dictámen, pues, la ereccion de un teatro en Cádiz por medio de fondos particulares, deja en pié, en parte al menos, las dificultades que hoy se tocan. No es por tanto el sistema que á nosotros nos parece el mejor.

¿Y entonces será el ayuntamiento el que debe hacerlo? Entendemos que sí; no como especulacion, no para aumentar sus fondos, sino bajo el punto de vista de una obra de utilidad pública. El arriendo debia ser el exactamente preciso para ayudar al pago de los intereses del empréstito que habria de levantarse.

Sin pensarlo hemos hablado ya del cómo. No se nos ocurre en efecto otro medio mejor que el que acabamos de enunciar. Un empréstito.

¿Dónde habrá de construirse?

Eso es lo mas difícil de resolver á gusto de todos, ó siquiera de los mas, porque todos querrian que se construyese en su misma calle, ó por lo menos en su mismo barrio. Cádiz además necesita para su poblacion creciente, no ya el terreno que ocupa, sino mucho mas á ser posible. El tocar á ciertos edificios solo lo osarian pocos. ¿Qué hacer?

¿Utilizar al efecto algunas de las plazas? Eso es lo que parece que bulle en los mas; ¿pero qué plaza será esta? ¿La de Mina? Fuera de que iba á destruirse la mas bella plaza de Cádiz, máxime si se mejora, el bello sexo se subleva en masa contra semejante acuerdo. No se renuncia fácilmente á la esperanza de tanta conquista veraniega y de tanto suspiro como apagan los ecos del trombon de la música hospiciaria. No hay que pensar en ello.

Hemos oido ó leído que uno de los proyectos consistia en tomar la Academia de Bellas Artes, el cuartel de la guardia civil y la Biblioteca, haciéndoles en cambio á cada una de estas dependencias un edificio donde se trasladasen. La idea nos parece aventurada. ¿No hallamos un local? ¿Pues cómo hemos de hallar fácilmente dos ó tres?

¿Y la plaza de San Fernando? Tambien ha sonado su nombre. Se dice que es poco central. En cuanto al sitio no se le pone otra tacha; pero sin que se entienda que sobre este punto tenemos aun fijadas nuestras ideas, parécenos que no es esta bastante razon para desechar sin mas exámen el pensamiento. La verdad es que hay muy poco en que escoger y debe meditarse acerca de este sitio.

En nuestro entender la eleccion del local ha de estar subordinada en cierto modo á las condiciones de los planos que se presenten cuando llegue el momento oportuno. Por eso decimos mas arriba que nuestras ideas en este punto están muy distantes de ser definitivas.

Concluimos preguntando. ¿Se enfriará el ardor que hoy se muestra en el pensamiento de ereccion de un teatro? ¿Seguirá la suerte que hasta ahora han tenido los proyectos de traída de aguas? ¿Bastará la voluntad y el deseo? Eso es lo que no sabemos respondernos á nosotros mismos.

FRANCISCO FLORES ARENAS.



## 23 ENERO 1859.

Hoy se celebra en toda la Cristiandad la solemne conmemoracion de uno de los mas ilustres bienaventurados, que sobresale por las circunstancias siguientes:

Ser Santo.

Ser Español, y natural de Castilla la Nueva.

Ser Monge.

Ser Arzobispo de Toledo.

Ser Escritor.

Ser acérrimo apologista, en públicas controversias, de la intacta virginidad, neciamente contradicha, de la Inmaculada Patrona de las Españas, María Santísima Señora nuestra.

Ser preconizado, á presencia del godo rey Recesvinto y de toda su corte, por la insigne vírgen y mártir Santa Leocadia, en nombre de la emperatriz de los Serafines, en los términos que refiere el Breviario en las lecciones del oficio de tan distinguido Prelado.

Ser revestido por la Augusta Madre de Dios con un ornamento sacerdotal, que en nuestros dias existe.

Ser discípulo de San Isidoro, arzobispo español de Sevilla, hermano de los Santos Leandro, Fulgencio y Florentina, honra todos de nuestra patria, de nuestra Iglesia y de nuestras letras.

Hoy se congratula asimismo toda la nacion Católica con S. M. la Reina Doña Isabel Segunda, por ser los dias del presunto heredero de la corona, en el que concurren las circunstancias que siguen:

Ser un ángel, por su inocencia.

Ser español y natural de la corte Católica.

Ser presunto sucesor del cetro de los dos santos sevillanos monarcas Hermenegildo y Fernando.

Ser pariente del español inventor del Rosario Santo Domingo de Guzman, á cuyo nombre se unen inolvidables recuerdos religioso-monárquicos que enaltecen á nuestro afortunado pais.

Haber nacido en sábado, que es el dia de la semana especialmente dedicado á la Vírgen Santísima porque en el dia que se siguió al mas horroroso de todos los crímenes, se mantuvo en ella la fé cristiana, que, en presencia del suplicio del Gólgota, vacilaba aun en los mas ilustrados.

Haber entrado en el seno del cristianismo la víspera, y á la hora de vísperas, de la festividad mas solemne en España, de todas las consagradas al culto de la Llena de gracia y Libre de toda mancha.

Ser ahijado del Sumo Pontífice Pio Nono, que ha definido como dogma de fé la antiquísima creencia española, favorable á la Vírgen Madre de Nazareth.

Llevar el nombre del favorecido Capellan de la Reina de los Angeles, estar bautizado por un dignísimo sucesor del mismo en el Episcopado y gobierno de la Santa Primada Iglesia, que al propio tiempo es un hijo del Serafin de Asis, cuya sagra-

da familia tiene la dicha de ser la mas decidida defensora del Inmaculado Misterio.

Haber recibido las aguas santificantes en la misma pila que el fundador de la órden tan benemérita de Padres Predicadores, predilecto siervo de la esclava purísima del Señor Omnipotente.

Ser príncipe del territorio y fidelísima provincia que posee en la actualidad la casulla traída del cielo al justo varon, apasionado entusiasta de la Mujer mas santa y hermosa que han conocido el empíreo y el valle de lágrimas.

Haber recibido el Sacramento de la Confirmacion en las aras de Covadonga, sepulcro del ínclito Don Pelayo, cuna de la restauracion, santuario de la que es la mas segura prenda de salvacion.

Ser hijo en fin, de la benéfica y magnánima nieta de Isabel la Católica, visiblemente protegida por la casta Esposa de San José, en una de sus principales festividades, que, agradecida á tan singular merced, acaba de decretar la ereccion de una magestuosa basilica en el centro topográfico de la Península y de la corte.

Pues bien: para solemnizar de una manera ruidosa y útil tan fausto dia; para mostrarnos legítimos descendientes de nuestros piadosos y heroicos progenitores, cuya hidalguía es proverbial en el mundo, cuya envidiable sabiduría enorgullece fundadamente á la república de las letras: á honra y gloria de Dios y de la Inmaculada María; en obsequio de San Ildefonso, cuya docta pluma nos ha enseñado á no consentir jamás doctrinas perjudiciales á los privilegios de la que embelesa al rey de todos los reyes; puesto que pueden las ciencias contribuir á solemnizar dignamente la memorable definicion dogmática de 1854: yo, indigno de comparecer ante el sòlio, é imposibilitado para efectuar por mí mismo lo que mi atrevida fantasia concibe: me atrevo á suplicar, valiéndome del pujante auxilio del periodismo, se funden tres cosas, que, por desgracia, hoy no existen. Primera; una publicacion, que, desatendiéndose de toda cuestion política, se ocupe solo en tratar magistral y prolijamente de lo mucho que María Santísima, Señora nuestra, ha privilegiado á su predilecto pueblo, y de lo que este ha hecho en todo lugar y tiempo para agradecer de algun modo sus continuas é inefables caricias, que será diaria en Madrid, semanal en las capitales de provincias, y mensual en cada distrito electoral de estos reinos. Segunda; una academia artístico-literaria, á cuyo cargo estará la redaccion del referido periódico, y la de una voluminosa coleccion nacional de las poesías mas selectas compuestas por españoles en alabanza de María Santísima, que se dedicará á S. A. R. el Serenísimo Sr. príncipe Don Alfonso. Tercera; una Biblioteca Mariana, en la que por siglos, décadas, provincias, pueblos y autores, tengan cabida las producciones todas del talento español, en honor de María.

Si merecen publicidad estas líneas, que me reservo ampliar si es del caso; si las apoya la prensa; si se enteran de ellas el M. R. Sr. Nuncio del Vicario de Jesucristo, padrino del régio párvulo,



y sus Católicos Padres, me atrevo á esperar que no en valde habrá tomado en esta fecha la pluma el mas ruin de todos los españoles, especialísimamente favorecido por la Bendita Hija de Sta. Ana.

MARIANO BATANERO.

## RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.<sup>a</sup> FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

### SEGUNDA PARTE.

#### CAPITULO I.

En una hermosa tarde de otoño y á la hora en que el sol apenas doraba ya las cumbres de las mas elevadas montañas, dos caballeros montados en dos briosos corceles y seguidos de un viejo escudero, llegaron á las puertas de un antiguo y medio derruido meson que se levantaba en medio de un solitario y áspero camino con visos de carretera, y por el cual no pasaba en aquel momento ninguna alma viviente esceptuando las tres personas que acabamos de mencionar.

Los dos caballeros, segun su atalage y aspecto marcial parecían gentes de guerra y no así como se quiera un par de soldados aventureros, sino dos jóvenes esforzados y valientes, acostumbrados á dictar órdenes mas bien que á recibirlas.

Feliz y comunicativo el uno y reservado y taciturno el otro, habian caminado largo trecho sustentando el primero un diálogo que el otro sostenia difícilmente, ora respondiendo con algun monosílabo, ora indicando con un ademan su conformidad y su aquiescencia, respecto á los razonamientos de aquel que iba en su compañía.

De este modo, hablando el uno y callando el otro, llegaron por fin cerca de la venta. Entonces el que parecia mas joven tiró de las riendas de su caballo, que á la verdad parecia bastante fatigado; los otros le imitaron y él tomando la palabra dijo á su compañero:

—Creo, querido amigo mio, que no es lícito, ni justo, ni razonable, que continuemos nuestra marcha despues de una jornada de veinticuatro leguas. Llevamos dos dias sin dormir ni descansar un instante, y ese meson nos está convidando á voces á pasar una noche tranquila. Soy de parecer que entremos en él y mañana emprendemos nuevamente nuestro viage.

—Por mi parte, repuso el otro joven sin decirse todavía y al parecer un tanto contrariado, yo no me detendria ni un solo momento antes de penetrar en Zaragoza. Despues de tres meses de ausencia tengo el mas vivo interés por llegar á la corte todo lo antes posible.

—Bueno y santo que lo tengas; pero hay que advertir que nuestros caballos están hambrientos

y estenuados; que nosotros no lo estamos menos y que por mucho que te sostengan esos deseos, ni tú, ni yo, ni tu pobre escudero estamos forjados de tal manera que podamos resistir tanto tiempo la sed, el hambre y el sueño. Soy, pues, de opinion que entremos cuanto antes sin mas vacilar.

Siguióse, en efecto, este prudente parecer, y los tres viajeros penetraron en la venta, no sin que el amo de esta dejase de saludarlos con todo el posible agasajo y afabilidad, siendo conducidos aquellos inmediatamente al mejor departamento, que era sin embargo de ruin apariencia y puesto en consonancia con el resto de aquel edificio.

—Por muy malo que esto sea, dijo despojándose de su robusta espada el que de mejor humor parecia, debes confesar mi querido Rugier, que siempre es algo mejor de lo que anoche tuvimos por asilo. Por muy bello que sea un cielo lleno de estrellas y un rato de conversacion con un buen amigo, cuando los párpados se obstinan en cerrarse y el cuerpo dice "ya no puedo mas," quiero un techo que me cobije y una cama que me reciba. Esto sin contar con una buena cena y un par de botellas de vino que tanta falta nos hace.

Rugier de Lauriga, pues no era otro aquel á quien se dirigian estas palabras, dejó escapar una imperceptible sonrisa y siguió guardando silencio.

Rugier habia cambiado mucho en muy poco tiempo; sus facciones aparecian veladas por una sombra de profunda melancolía, y su natural arrogancia habia cedido, al parecer, bajo el peso de una especie de anonadamiento que en vano intentaba arrojar lejos de sí. Preocupado, víctima de un recuerdo sombrío y acariciando alguna vez la remota esperanza de conseguir un bien que siempre echaba de menos, podía tomársele en ciertas ocasiones por un ser falto de sensibilidad y de accion para el cual no hubiese ya remedio posible.

Su compañero constituia perfectamente el reverso de la medalla. De menos años, vivo, inquieto, locuaz y sin que hasta el presente hubiese tenido que lamentar desgracias de ningun género, sus aspiraciones eran grandes y omnipotentes, su porvenir un mundo de esperanza y un cúmulo de felicidad. Aquel joven se llamaba D. Fernando de Mallorca, y aunque en mas de una ocasion pecó de pusilánime, por entonces no tenia que luchar con esas contrariedades de la vida que son el crisol donde se prueban las almas fuertes y enérgicas. Rugier le dejaba hacer y él disponia en todo y por todo segun su voluntad.

Pero ya es tiempo de que digamos algo respecto á lo acontecido despues que Lauriga se separó de su esposa, dándole el primer ósculo de amor que fué tambien el último de despedida. Un dia despues de haber salido de Aragon los hermanos Montalvo, el capitan tuvo que salir de Zaragoza encargado por D. Jaime II de una mision importante cerca del rey de Portugal.

Para el apenado joven esta partida no era una contrariedad. Catalina no estaba ya en Zaragoza, y Zaragoza era para él un vasto cementerio.

Una vez desempeñado su cometido se dispuso á



volver de nuevo á su país, en union de su compañero de armas D. Fernando de Mallorca, joven que le habia iuspirado la mas tierna simpatía. Salieron de Badajoz y juntos ambos hicieron su camino sin dar tregua ni descanso alguno.

Ya les faltaba poco, cuando en extremo cansados, particularmente el de Mallorca, hicieron alto en el punto donde acabamos de dejarlos.

Las ventas, mesones y ventorrillos de España no son que digamos los mejores ni los mas dignos de fama. Remontémonos al año de gracia de 1307 en que esto acontecia y el lector podrá figurarse las comodidades que allí disfrutarían nuestros viajeros. Fué preciso aguardar á que se hiciese la cena, desde el primer momento en que fueron inmolados un par de pollos físicos, hasta aquel en que estos inocentes animales pudieron aparecer medio dorados en una tartera, si bien la rigidez de sus alas parecia echar de menos las plumas para volver de nuevo al suspirado corral.

Mientras se desenvolvian estos preliminares culinarios, Rugier seguia mostrándose siempre taciturno y silencioso. Fernando de Mallorca salia, entraba y todo lo disponia, volviendo de vez en cuando al sitio en donde se hallaba su amigo, que se habia recostado en un viejo escaño y parecia sumergido en un mar de pensamientos dolorosos.

De pronto levantó Rugier la cabeza y escuchó con inquietud, con verdadera ansiedad. La ventera, que era una muger negra, bigotuda, *cuadrada* de carnes y un si es no es vieja y regañona, gritó con voz hombruna y estentórea:

—Catalina! Catalina!

Este nombre, pronunciado á deshora y tan inesperadamente, causó en Rugier una impresion tan grande, que su amigo no pudo menos de sentirse admirado y sobrecogido.

—¿Qué tienes? le preguntó: te pones malo, Rugier?

—No, contestó este; pero si no he escuchado mal, creo que han pronunciado el nombre de Catalina.

—Sordos seríamos si no lo hubiésemos oido á dos leguas de aquí. La ventera es una especie de tonel hueco, cuya boca parece una bocina. Pero creo que no tiene nada de extraño que haya pronunciado ese nombre. Supongo que será el de alguna fregatriz que la sirva.

—Tienes razon, respondió Rugier volviendo á recostarse en su asiento. Ese nombre tiene para mí un poder irresistible y suena mágicamente en mis oidos.

—Cuando digo que estás enamorado!...

Fernando de Mallorca salió de nuevo dejando solo á Lauriga. Entonces se levantó este y empezó á pasear cada vez mas pensativo y agitado.

—¿Catalina! exclamó; su nombre resuena siempre en torno de mí lo mismo que me persigue su adorada imagen. En medio de la soledad de los campos, entre el agitado torbellino de las ciudades, de dia, de noche, á todas horas y en todas partes, solo pienso en ella, solo vivo para ella y sin embargo el destino nos tiene separados. ¿Y

por qué? ¿No estamos unidos ante Dios que nos ha hecho el uno para el otro? ¿No es ella mi esposa y yo su único, su legítimo dueño? Si el rey se opone, si su hermano se obstina, yo en cambio poseo su corazon que encierra un tesoro de amor y de virtud. Es mia, solo mia, y nadie puede arrebatármela. ¿Por qué tanto temer y tanto vacilar? El mundo es poco para oponerse á nuestra union y yo necesito verla, estar á su lado para que ya no volvamos á separarnos. Sí, sí, estoy decidido y mi viejo escudero, el fiel Sancho me servirá perfectamente en esta ocasion.

Rugier se detuvo, sacó de su escarcela un pedazo de pergamino, un tintero de viaje, y acto continuo se puso á escribir con ardor. Tenia fiebre.

Así que concluyó dijo con tono resuelto:

—Perfectamente; mañana llegaremos á Zaragoza y si el rey me detiene ó no me dá su permiso el bueno de Sancho irá en lugar mio. Me quiere mucho y hará ese sacrificio por mí.

Diciendo esto el enamorado capitán se hallaba tan embebecido que no advirtió la llegada de su amigo Fernando, el cual habiéndose colocado á sus espaldas fijó los ojos inadvertidamente en el escrito y se enteró de su contenido. Este indiscreto joven se hallaba un momento antes muy lejos de presumir que Rugier habia estampado allí todo su secreto.

D. Fernando se sintió arrepentido de su imprudencia; pero el daño estaba ya hecho y por otra parte aunque podia hacerse el desentendido á los ojos de Lauriga, no quiso mostrarse simulado con él, y rechazó esta idea de su pecho en el cual jamás cupo la ficcion.

Lauriga se puso en pié satisfecho de su obra; mas al ver á Fernando en aquella actitud, hizo un movimiento de sorpresa y exclamó:

—¿Por ventura has leído lo que yo estaba escribiendo?... Dímelo, Fernando.

—Podría, si quisiera negártelo; pero mentiria y prefiero pedirte perdon si llevado de nuestra mucha amistad llegué á cometer semejante imprudencia. He sorprendido tu secreto y acabo de saber que eres casado, Lauriga.

—Pues que ya lo sabes, contestó el capitán, no hablemos mas de tu falta. Si otro menos leal y menos cariñoso para mí la hubiese cometido, mi secreto hubiérale costado la vida. Conozco sin embargo las prendas que te adornan y de hoy mas serás mi confidente, mi hermano. Así como así mi secreto era demasiado pesado y tú me ayudarás á soportarlo. ¿No es cierto?

El de Mallorca por única respuesta le tendió la mano con efusion. Despues de una breve pausa continuó Rugier de este modo:

—Estoy unido á Catalina tres meses ha y desde nuestra union ni aun siquiera he tenido el gusto de verla y hablarla sin testigos. Ambos recibimos la santa bendicion en el mismo momento de separarnos, y ella partió con su hermano lejos, muy lejos de mí. ¡Oh! si tú supieras cuanto he sufrido desde entonces!...

—Lo sé, mi buen Rugier; en medio de tus sue-



ños agitados pronunciabas palabras incoherentes, que sin embargo revelaban el estado de tu espíritu.

—Por eso estoy decidido á tomar una resolución definitiva. Siempre me ha distinguido el rey D. Jaime II con su benevolencia y estoy seguro de que al fin se apiadará sabiendo nuestra situación. Catalina se reunirá conmigo y yo seré el mas feliz de los mortales.

Rugier llamó á Sancho, su viejo escudero, y despues que todos hubieron cenado, le encargó que para el amanecer estuviese todo dispuesto para partir.

Una hora despues el meson se hallaba sumido en el mas profundo silencio, y aunque Rugier imitando á su amigo se habia echado en un pobre y mezquino lecho, era tal vez el único que velaba pensando como siempre en el bien querido de su corazon.

Fernando de Mallorca roncaba hacia ya largo rato.

Poco á poco los ojos de Rugier se fueron cerrando; su cabeza cada vez mas fatigada empezó á desvanecerse, y una especie de estupor que no pudo desechar se fué apoderando de todo su ser.

La luz que habian dejado encendida chisporroteó y empezó á dejar en tinieblas la pequeña estancia en que los dos amigos se encontraban. Apagóse al fin y todo quedó confundido en densas tinieblas.

Entonces creyó Rugier que era víctima de una extraña pesadilla. Quiso repentinamente incorporarse y no le fué posible hacer ningun movimiento porque un cansancio mortal se lo impedia. Acababa de sentir pasos dentro de la habitacion y casi llegó á percibir el mal contenido aliento de una persona que andaba cerca de él. No pudiendo moverse á causa de la extrema debilidad que sentia, trató de gritar con objeto de llamar la atencion de su amigo. La voz, sin embargo, se ahogó en su garganta, y Rugier creyó que la vida se le escapaba y que caía desplomado en un letargo profundo.

Los rayos del sol penetrando á través de una ventana inundaban la habitacion cuando Rugier despertó en extremo sobresaltado. Todavía sintió que su imaginacion estaba embotada y su cuerpo en extremo dolorido; pero haciendo un esfuerzo se levantó y drigiéndose á su amigo le hizo despertar.

—Qué quieres? dijo Fernando frotándose los ojos. ¿Es ya hora de partir?

—Sí, contestó Lauriga; es muy tarde y sin embargo todavía no ha subido Sancho, lo cual es bastante extraño.

—Si te he de decir la verdad, replicó el de Mallorca, yo tambien tengo que extrañar lo que esta noche me ha acontecido. He soñado con visiones extrañas, y aunque me sentia vivo parecíame que estaba insensible como un leño.

—Lo mismo que yo! exclamó Rugier con viveza. Dime, ¿sentiste un mareo y un vértigo muy grandes?

Si; y esto lo atribuyo al vino que bebimos en la cena. Debía de ser de muy mala calidad.

Los dos amigos se vistieron rápidamente y así que lo hubieron verificado dijo Rugier:

El tiempo pasa, vuela y es ya cerca de medio día. ¿Cómo es que mi escudero no sube?

—Vamos á buscarle, respondió Fernando de Mallorca.

Sancho apareció en este momento; el pobre viejo estaba lívido de puro pálido, y en su rostro dejaba espresar la sorpresa y hasta pudiéramos decir el miedo.

—Qué tienes? le preguntaron los dos jóvenes á la vez.

—No sé, señor, respondió el fiel escudero dirigiéndose á Lauriga; he pasado muy mala noche, y contra la costumbre de toda mi vida esta es la vez primera que falto á mi obligacion. Pero no es eso todo; me temo que Satanás haya establecido en esta posada su domicilio. He sentido abajo durante la noche un ruido de dos mil demonios y apesar de esto la casa está desierta; completamente deshabitada.

Era tan profundo el acento de conviccion de aquel sencillo fámulo y tan grande el terror que se pintaba en su fisonomia, que los dos jóvenes no pudieron menos de dirigirse una mirada recíprocamente. Rugier se sonrió encogiéndose de hombros; pero el de Mallorca dió algunas muestras de inquietud y se turbó visiblemente.

—Se han llevado los caballos los duendes? preguntó Lauriga.

—No, señor, respondió el escudero; por fortuna están abajo y cuando gusteis podremos marchar.

—En ese caso, vámonos cuanto antes, volvió á decir el capitán.

Ya iban á dejar aquella mansion, cuando Rugier de Lauriga se quedó enclavado en su sitio como si de pronto se hubiese convertido en una estatua. Maquinalmente acababa de introducir una de sus manos en su escarcela y advertido que ya no estaba en ella el pergamino escrito por él la noche anterior.

—¡Me han robado! exclamó al fin bramando de cólera; sin duda es esa muger que me persigue por donde quiera que voy.

Diciendo esto, Rugier se lanzó fuera de la habitacion y empezó á vagar por toda la venta, en la cual, segun habia dicho Sancho, no halló alma viviente.

—Me han tendido un lazo inicuo, decia Rugier como si hablase consigo mismo; me han robado la órden que yo estampé de puño y letra para mi Catalina y además la sortija que llevaba en el dedo! He sentido que me despojaban de ella, que me la arrancaban traidora y violentamente, y sin embargo no he podido coger mi espada, ni aun gritar siquiera, porque sin duda han debido darnos á beber algun filtro, algun narcótico infernal que nos ha quitado las fuerzas. ¡Oh! esto es una infamia! se atenta contra mi amor, contra mi honra, en contra tal vez de la vida de mi esposa. Porque esa muger me lo indicó en otra ocasion. Yo



la mataré, me dijo, y si yo la mato, vos no podreis resucitarla!"

Preso de una rabia tan inaudita como impotente, Rugier de Lauriga se dejó caer en un viejo escaño, en tanto que se acercó á él su noble amigo D. Fernando de Mallorca.

—Animo, le dijo, estrechándole una mano con el mayor cariño. ¡Qué diantre! Somos tres para trabajar por vuestra dicha y si vos teneis precision absoluta de entrar hoy mismo en Zaragoza y ver á D. Jaime II, yo por mi parte no la tengo. Me siento con ánimos para andar por vos el mundo entero y aquí me teneis: disponed de los servicios de un buen amigo.

—Sí, sí; exclamó Rugier arrojándose en brazos del de Mallorca; tú eres mi bueno, mi noble, mi leal amigo y en esta ocasion vas á ser mi providencia. ¡A caballo, Fernando! Corramos á escape, yo á ver á mi rey, tú á defender y á amparar á mi esposa. De buena gana me quedaria en este lugar para castigar la felonía de los dueños de esta casa, pero ellos, los villanos se han vendido sin duda, al oro de una muger que me detesta y ella y solo ella es culpable de todo. ¡A escape, Fernando, á escape! Tú á Sangüesa y yo á Zaragoza. De tu prontitud depende mi felicidad.

Los tres viajeros habian montado en sus briosos corceles y se alejaban de la venta, envueltos en una espesa nube de polvo, como si los empujase un furioso torbellino.

Al mismo tiempo salian de entre unos ásperos matorrales inmediatos al edificio el ventero, su muger y una muchacha de pocos años flaca y curtida por los rayos del sol.

—Sabes, muger, observó el primero dirigiéndose á su obesa mitad; que he pasado un miedo muy grande?

—¡Cobarde! gritó ella con voz de trueno; no te han pagado bien?

—Confieso que el caballero templario es rumbo-so como un príncipe.

—No tienes tú mal caballero templario, volvió á tronar la ventera. ¿Sabes tú lo que es quien te ha mandado echar en el vino aquellos polvos y ha estado toda la noche revolviéndolo todo?

El ventero quedóse mirando á su muger con aire verdaderamente estúpido.

—Responde, bruto; dijo ella amenazándole con el puño.

—Yo no acierto....

—Pues yo lo he adivinado: el caballero templario es una dama.

—Todo puede ser, dijo el ventero encogiéndose de hombros.

—Y los tres penetraron en su morada no sin mirar antes hácia el camino por el cual Rugier y los dos que con él marchaban iban ya perdiéndose de vista.

## CAPITULO II.

La esposa de D. Jaime II. de Aragon, la dulce y virtuosa Doña Blanca, hallábase en su real cá-

mara en compañía de una de sus meninas de mayor confianza.

A la sazón se ocupaba con afán en adornar con rico galon de oro un precioso manto que debia regalar á la bendita Virgen del Pilar. (1) Toda su atencion la tenia puesta en la labor que estaba haciendo y ni una palabra se escapaba de sus labios. La jóven por su parte callaba tambien sin atreverse á turbar las meditaciones de que al parecer estaba poseida la reina. Al cabo de mucho tiempo dijo por fin Doña Blanca.

—¿Qué te parece, Beatriz, concluiré hoy mi obra?

—Mucho teneis que hacer, señora, y si V. A. quiere que yo la ayude...

—No, de ningún modo; he prometido á Ntra. Sra. que el manto seria hecho todo por mi mano, y si tú me ayudaras, en ese caso faltaria á mi promesa.

—Como V. A. guste; mas creed que estoy violenta mirando como trabajais mientras yo estoy hecha una holgazana en vuestra presencia.

—Tienes razon, y puesto que lo deseas puedes ocuparte en leerme alguna cosa que me divierta.

—¿Qué quereis que os lea, señora?

—Un libro que hallarás cerca de la cabecera de mi cama, el cual contiene unos cuentos morales en extremo entretenidos. No los he leído todos y el rey me ha recomendado mucho su lectura.

Levantóse la jóven, cogió el susodicho libro y ya se disponia á leer, cuando D. Jaime, sin anunciarse á su esposa, entró en la cámara de esta.

Al penetrar en ella, la reina se puso de pié imitándola Beatriz. D. Jaime reparó en el libro que esta tenia en la mano y dijo en tono social.

—¿Es este por ventura el libro que os he recomendado, Blanca mia?

—Sí, señor; Beatriz deseaba ocuparse en algo y le mandé que me entretuviera con la amena lectura de esas donosas leyendas. Por muy agradables, sin embargo, que ellas puedan ser no necesito deciros que lo es mucho mas para mí la presencia de V. A.

D. Jaime por única contestacion, tomó asiento, cojió de la mano á su esposa, que hizo otro tanto, y despues de rodear con su brazo el talle de Doña Blanca, vió brillar en los ojos de esta una mirada de cariño y agradecimiento. La reina volvió á tomar su labor interrumpida y dijo:

—Me permitireis, señor, que dé fin á mi trabajo. Deseo que este manto lo estrene la Virgen en la funcion devota y solemne que mañana vais á presidir.

—Sí, continuad, yo os miraré y mientras tanto Beatriz nos leerá algo de ese libro.

—Doña Blanca miró al rey con dulzura y ruborizándose un poco le dijo sonriendo:

—Si vos no lo tomáseis á mal y no fuera en mí demasiada presuncion, yo os contaria una historia

(1) Este precioso manto, todo lo precioso que podia ser en aquel tiempo, se conserva hoy dia en el guardaropa de la Virgen.



que no tiene nada de graciosa, si bien en cambio tendria mucho de verídica.

—Que me place; contestó el rey, contádmela y os prometo prestaros toda mi atencion: siendo vos quien me la relate, de seguro que será discreta; mas todavía, que habrá en ella rasgos de abnegacion y de virtud.

—No sé que os parecerá, volvió á decir Doña Blanca; desde luego hay en ella un rasgo tal vez de demasiado atrevimiento.

—Si la empresa es noble y justa el atrevimiento es disculpable y aun á veces digno de elogio.

—Segun eso, ¿aceptais el relato de la historia?

—Sí, desde luego podeis empezar.

—En ese caso, salid, Beatriz; S. A. y yo queremos estar solos.

Beatriz obedeció.

—Sabeis mi buena Blanca, dijo el rey, que habeis picado mi curiosidad? Oh! contadme esa historia, porque me teneis en extremo impaciente.

El rey en aquel momento habia dejado de ser rey para ser hombre. Se hallaba junto á su amada esposa despojado de la dignidad de monarca, porque necesitaba disfrutar un instante, lejos de los cuidados del mundo, de esa inefable paz doméstica, tanto mas grata y apacible cuanto mas lejanos estén de ella los remordimientos que asaltan sin cesar á las conciencias tranquilas.

D. Jaime como rey quizás tendria sus debilidades ó habria cometido faltas que pudieran echar sobre sí la nota de imprudente; mas como esposo, como padre y ciudadano, era un modelo de virtudes. La posteridad le hace en esto la merecida justicia. Al repudiar á su primera mujer, D. Jaime habia obrado á impulsos de grandes y poderosos motivos que le obligaron á ello en calidad de monarca. Casóse con una niña que no supo ni pudo cautivar su corazon, y al unir luego su suerte con Doña Blanca halló en esta los mayores encantos y la quiso con todo su corazon.

Doña Blanca formaba las delicias de su marido con aquel carácter bondadoso y noble que tanto la distinguió durante su vida. Por eso era tambien la mas dichosa de las mujeres cuando le veia junto á ella enamorado, afable y cariñoso. En el momento en que los presentamos, los dos augustos cónyuges se juzgaban felices á la vez.

La reina miró á su marido y empezó su relato.

—Habeis de saber esposo mio, que este era un rey....

—Ola! dijo D. Jaime interrumpiéndola; parece que hay reyes de por medio.

—Sí, por cierto; y un rey muy bueno y muy querido de todos; pero dejadme proseguir mi historia. Era un rey de gran corazon, de mucho talento, que á pesar de todo, se ofuscaba alguna vez, por aquello de que no hay persona humana enteramente perfecta. Este rey, modelo de los hombres agradecidos, tenia en su corte un vasallo fiel y aprovechado, que tanto él como sus ascendientes le habian prestado importantes servicios. Un dia este vasallo tuvo la debilidad de amar á una jóven que era un tanto pariente del monarca.

Este que tenia un corazon excelente, segun os llevo dicho, y susceptible de amar con ternura, no quiso perdonar á su vasallo aquella debilidad y condenó en otro lo que en él hubiera sido disimulado. El jóven (debo deciros que aquel vasallo era jóven) no fué digno de compasion y tanto él como su amada siguieron padeciendo sin atreverse á arrostrar las iras del rey desobedeciéndole. El diablo entretanto quiso entrometerse en los asuntos de los dos amantes y los indispuso. Con estas contrariedades el vasallo quiso hacerse matar y la jóven parienta del rey iba agostándose como una flor marchita arrancada de su tallo.

Todo esto debia pasar desapercibido á los ojos del monarca cuando tan inflexible se mostraba. No siendo así, su generosidad hubiera vencido á su rigor.

La abnegacion y el respeto del vasallo no conocia límites. El rey quiso un dia utilizar sus talentos y su bravura y le confió una mision importante. Entonces el jóven hizo sus preparativos de marcha y quiso saludar á su reina.

(Se continuará.)

#### ERRATA IMPORTANTE.

En el cuaderno correspondiente al primer número de este mes, equivocóse el epígrafe de *Los estudios morales* que publica la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco, poniendo *La bondad y la amabilidad* en vez de *La envidia y los celos*. Advertimoslo para subsanar aquel yerro.

#### Solucion del geroglífico anterior.

*Gato escaldado del agua fria huye.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

